

GABINETE DE RECUERDOS INVENTADOS¹

CAROLINA SILVA LURDUY

{ } Cachivaches

Mi padre, conocedor árduo de objetos perdidos, inútiles e inservibles, se la pasaba en la búsqueda de cachivaches preciosos; algo de excelso valor para poder vender y llevar el pan, el arroz o al menos la aguadepanela de todos los días a la casa. Amaba los artefactos, creía que todos tenían una utilidad y un último destino. Un fetichista real, no uno con impostura; uno genuino. En últimas, aunque creía que la mayoría de bártulos eran útiles, sabía en el fondo que algunos podrían omitirse en el mundo, pero justificaba su labor diciendo que todos se habían inventado para algo. Más que un coleccionador o un acumulador, era un apasionado por los artilugios y un admirador de los inventores de objetos; fueran prácticos o no, todos, para él tenían una extrema relevancia.

Mi padre era, además, prudente, meticuloso y encantador.

De lo remoto que conocíamos de él, porque desaparecía siempre muy temprano en la mañana y volvía cuando ya estábamos dormidos, era su gusto por los paseos dominicales en los mercadillos del centro. Algunos, mercados de pulgas, otros, de objetos robados, usados, desechados, ajados o desperdiciados; desperdigados por el mundo como ruinas de las personas, mejor dicho, también inútiles. Adoraba esos puestos de la avenida séptima con calles veintidós y veinticuatro en el centro, que se extendían incluso hasta la veintiséis, antes del Planetario.

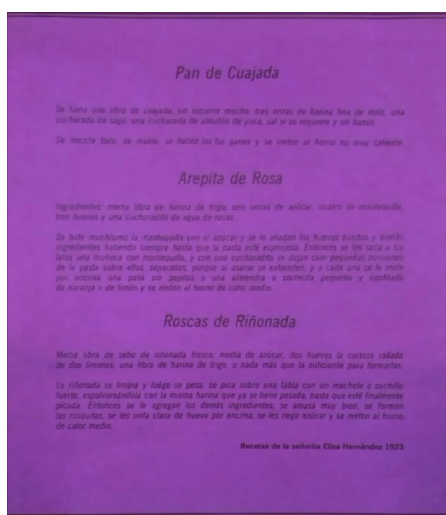
Papá tenía más encantamiento por unos chirimbolos que por otros, los que ignoraba pero vendía; botellas de todos los colores, billeteras usadas, carcasas de celular, botones raídos, radios viejos y VHS que ya no servirán a nadie; tornillos, ropa vieja, pares de zapatos sueltos, peinillas; inclusive cepillos de dientes. Los que adoraba y encontraba en algunas ocasiones paseando por esas pequeñas colonias de andén: álbumes de fotos, cajas con documentos, cassettes, carpetas llenas de fotocopias, registros de nacimiento con el apellido de la madre, boletines de notas de jardín infantil, carnets de oficina vencidos, fotografías roídas de calles y paseantes; invitaciones o folletos de eventos. Decía siempre que esos objetos alguna vez se venderían muy bien en mercados ocultos de arte; siendo fósiles orgánicos de la vida de las personas, estas morirían, pero sus registros se prolongarían hacia otra instancia y mostrarían no sólo el tiempo ocupado sino el espacio transitado; memorias que al ser recuperadas, valían, puesto que en esos botones, folletos o pares sueltos se encontraba huellas de la experiencia de esas vidas: sus mordidas, sus manías, su estética, su clase, sus profesiones, su manera de divertirse, de

¹ Ensayo narrativo sobre "Una memoria colectiva de la Galería Santa Fé", proyecto ganador Beca de programación en Artes Plásticas Red Galería Santa Fé 2020.

entender la vida; hasta la manera en que comían, sus gestos y miradas, su forma de modelar el mundo.

Con el tiempo, mi padre se convirtió en vendedor de esos documentos en mercadillos clandestinos; una especie de culebrero del trópico. Vendió, entre otras cosas, cajas de dientes de famosos, registros fotográficos o epístolas de artistas desconocidas a sus amigos, rollos no revelados, memorabilia de una familia presidencial donde se podía leer el diario de un mandatario acorralado por sus militares, libros de Proust apenas abiertos, collares de perlas de dudosa proveniencia, documentos notariales, acuerdos de paz, votos en blanco, papeletas de la marcha del silencio.

Recuerdo que un domingo cualquiera llegó feliz de haber comprado en el mercadillo una caja en la que se leía: *Archivo Vertical de Galería*. Una caja con decenas de volantes, invitaciones, folletos, reseñas, sobres con pañoletas, misivas, álbumes con fotos de gente bebiendo, rompecabezas, volantes, separadores de libros, pequeños catálogos, revistas; hasta recetas de cocina, unas que hice tiempo después.



Esto se puede vender muy bien más adelante, me dijo ese mismo día, desprevenido, como si sintiera que ya venía mi reproche; imagínese hija que un día los papeles de esa Galería se borren, se quemen, se extravíen o sean considerados inútiles. Imagínese que tengan que cerrar, se muden de un lugar a otro, sin saber muy bien adónde ir, que en esos trasteos se pierda uno que otro documento, testimonios que no hayan guardado, lo que ha pasado por allí en toda su historia. Imagínese, continuó, que un día quieran recuperarlo, que se les ocurra clasificar o asociar cada uno de esos eventos, que tengan que justificar que existieron desde hace mucho y no son una idea nueva, que lograron tejer vínculos con la gente que pasó por sus muestras de *objetos inútiles con utilidad*. Imagínese que una pandemia se coma lo poco que

somos, nuestra memoria, nuestro cerebro, nuestros pulmones; que llegue el día en que no podamos salir más, que no podamos visitar esos lugares de exhibición de cosas inútiles como usted las llama, y que, entonces, esta gente tenga que digitalizar esto como el último signo vivo del arte que allí existió.

¡Qué va!- lo impugné de repente- ¡Qué pandemia ni que nada, lo que te gusta es acumular!

{2} Archivo de curiosidades coleccionables

Ya no fuiste el mismo desde el suceso de mi padre. Andabas como ido, con una culpa profunda, como de aquel que sabe una verdad revelada y se la guarda para siempre.

Días antes de caer en ese estado, como de catalepsia, todo el mundo en el mercado había empezado a salir con la supuesta máscara; aunque nadie vivía con eso puesto, y aunque, la verdad sea dicha, eso no los protegía de nada. Querían salir, sentir el mundo, y a la hora de la verdad hasta tenían razón, preferían vivir, tocar el afuera, la supuesta realidad.

Donde trabajaba papá, en ese mercadillo ambulante de chucherías donde se intercambia principalmente la palabra, no se puede callar; hay que entenderse con un lenguaje más que gestual, tenderle la sonrisa al cliente, hacerlo sentir cómodo, hablarle y describir la historia y los secretos de que cada elemento guarda profundamente.

Tiempo atrás, había decidido convertirse en mercader de piezas de arte.

Le encantaba recolectar oropeles cada semana, ir de aquí para allá a pequeñas casas llenas de peculiaridades para encontrar algo que al fin lo encantara. Organizaba cada domingo y, últimamente, algunos sábados, su pequeño puesto de intercambios. Imaginaba las pequeñas sesiones como eventos a los que asistían coleccionistas de todas partes del mundo, acopiaba baratijas peculiares, desde camafeos del siglo XVIII hasta sobres con pañoletas, cajas con fotografías, cartas de viajeros, colecciones de juegos infantiles y populares, alcancías de diamantes falsos y por supuesto, copias de cuadros de pintores medio afamados.

No sé por qué te pegó tan duro, si al fin y al cabo te la pasabas diciendo que no tenía sentido que papá trabajara en ese lugar, depósito de inservibles, intercambio de basura, cúmulo de bacterias, objetos vejados con olor a húmedo, pasaje de vagabundos y baladíes. Sugerías que sufría de disosofobia, además de andar trastabillando de un lado para el otro y con la mirada medio tumbada. Lo último era cierto.

En una de esas jumas, el domingo de mercadillo en el bar ese de la veintidos con novena, donde se reunían también ese grupillo de artistas; perdió sus dientes con el puño contundente de aquel comerciante que no quiso pagar lo justo por una colección de calzones bordados con los nombres de lideresas que habían sido asesinadas, y otro tanto por unos cuadros de prensado botánico.

Ahora que revisamos nuevamente su muestrario, te has puesto melancólico y meditabundo. Sabes en el fondo que todo este cúmulo de cacharros no son triviales y finalmente servirán para algo.

Ya entraba el frío de la noche, a esas alturas, ya andabas abstraído y con el humor roído. Luego de escarbar en varios armarios, cajas y hasta maletas, volvimos a esos famosos baúles que papá intercambió ese domingo, lo recuerdo bien, con aquel personaje de gabán y sombrero que se sentaba a jugar ajedrez conmigo. Las cajas que atesoraba nos hicieron señas desde la esquina del cuarto, como guiño irónico del viajero cuando cruza un nuevo camino, en el armario viejo, justo antes de alcanzar la puerta. ¿Recuerdas? Esas cajas llenas de pequeños revisteros que compró aquella vez porque le parecía que servirían muy bien para ensayar sus juegos de subastas e intercambios. Esos revisteros que parecen más de consultorio viejo y burdo de médico que de archivo institucional de galería. Un archivo no es como una colección, decía papá, en la colección acumulas y a mi no me gustan los objetos inservibles; en cambio, preservar el instante es todo un arte.

No creo que un archivo preserve el instante, pero eso ya no te lo puedo discutir. El caso es que ahora soñamos tú y yo con contarle esos folletos, descifrar qué significan para él y para su tiempo, entender, si tiene algún sentido guardar cosas, atesorar periquetes: ni botarlos ni menospreciarlos. Los pueden necesitar algún día, decías y aquí seguimos, acumulando, documentando.

{3} Archivo vertical

Creo que encontramos las cajas casi al mismo tiempo o en el mismo período en el que buscábamos los certificados de afiliación a la seguridad social, el que nos exigían para continuar el tratamiento. Él sigue dormido, como catatónico, ya lo he dicho. En los estados catatónicos la gente está inmóvil, absorta de esta realidad, totalmente rígida, plácida y distante, a veces, sin signos vitales; como cuando soñamos, que nos encontramos fuera de este mundo estando sobre él, como quien se queda mirando el vacío fijamente, presentes quién sabe dónde.

Sin sus capacidades motoras activas, mi padre ha perdido el conocimiento aparente de este universo. Algunas personas en este estado lo perciben todo, lo viven, escuchan, sienten, huelen, preservan sin moverse. Siguen registrando, como esa imprenta de la memoria que no es consciente pero que queda grabada. Así está papá, cual huella de archivo que ha sido olvidado, cual registro o fichero en un Centro de Documentación.

Pareces recordando, le digo cuando voy.

Los demás podemos creer que has partido y que no hay lugar para más conversaciones entre nosotros; pero tú permaneces allí vivo recordando. Presente en un estado pasado. Sólo hay una manera de reanimarte: hablarte sobre el recuerdo. Tú, documento de ese archivo muerto y yo, recuerdo vivo desde ese futuro que visionaste; te narro la experiencia del pasado desde estas

memorias, para que tú lo percibas y vuelvas del letargo. Solo escucha, yo te describo lo que voy notando y lo que me van contando. Apparently estás inducido por sustancias y aparatos que te mantienen anclado a esta realidad; pero eso es otra historia y no queremos andar con lugares comunes sobre lo que todo el mundo ya conoce o al menos presume desde esta claustrofobia.

Mi hermano, con su silencio lejano y yo, buscamos, cada uno a su manera, certificados o papeles que verifiquen una inscripción. Pero, como pasa con frecuencia a aquel que hurga en la intimidad de los demás, lo que no se busca se encuentra; y eso que espreciado aparece, como serendipia, deslumbrando los ojos, como la clásica sorpresa del olvidado billete dentro del abrigo. Volvimos a encontrar aquellas cajas de documentos con las que llegó feliz un domingo cualquiera después del mercadillo. Aunque mi padre ha coleccionado por años objetos *inútiles con utilidad* -como diría él-: antigüedades, artefactos, souvenirs, tarjetas postales, aparatos fotográficos, artugios inservibles, lápices, billetes y joyas, lo máspreciado de su colección eran esos archivos.

Los encontramos ese día, como quien no quiere la cosa, ya lo había dicho, esos registros bien particulares que conservan dentro, una especie de compartimentos o revisteros, invitaciones, fotografías, folletos, notas de periódicos, sobres, pequeños catálogos, tarjetas postales, cartas y anotaciones, afiches, recetarios, recortes de prensa o folletos de los eventos que se llevaban a cabo en una de las galerías más prestigiosas de la ciudad. Cada una de ellas marcadas con la fecha por años, o con el nombre de instituciones donantes de catálogos, documentos flotantes, sobres y papeles; más y más papeles, de diferentes texturas, años, tamaños, olores, colores, materiales, diseños, tipografías e imágenes con un sello particular: la referencia a esas exposiciones que visitabas tanto. No puedo preguntarte por qué has guardado cada uno de esos papeles *inútiles*. Será otra forma tuya de telescopiar el pasado, como bien lo decías, cuando te sugeríamos extirpar ese vicio dipsomaniaco y reemplazarlo por otro, como por ejemplo, el de la filatelia. Pero no contestas y solo lo puedo inferir.

Pasadas las horas de la búsqueda, abrimos una de las cajas llena de documentos y encontramos en uno de esos revisteros un álbum de fotografías, parecido a esos que guardan las familias con las fotos arquetípicas de los eventos de la estirpe: cumpleaños, matrimonios, navidades, grados o fiestas decembrinas. En otro, una serie de invitaciones a exposiciones e inauguraciones, una serie de muestras de la Galería que siguen en orden desde su inauguración en 1981. Otro fichero guarda en desorden una serie de reseñas que indican “la intención de los artistas, sus técnicas y los movimientos a los cuales pertenecen”.

Mi padre, un hombre más bien desgarrado y flacuchento, nunca fue un hombre de arte, ni practicante ni conocedor, aunque sí cultivado, porque en su pasión por conservar las cosas del presente para el tiempo venidero, y en su afición por encontrarle sentido a las baratijas se interesó muy pronto por los objetos que se inventan los artistas, las obras, *objetos inútiles con utilidad*, supuestamente para decir o significar algo. A mí me ha parecido durante años que son simples significantes, pero no discutiremos ahora el asunto.

En esa vehemencia por encontrar los secretos que guardaban los objetos de una época, de intercambiar artilugios, de querer explicar por qué nos apegamos tanto a herramientas sin sentido para que nuestra cotidianidad funcione, de entender la necesidad de los inventos; encontró una fascinación en el acopio y el documento: poseer las cosas que no podría tener, tenerlas de alguna manera, al menos con sus representaciones y armar este tipo de cajas para revisar de vez en cuando al pasado.

Volviendo a las cajas, con sus legajadores o receptáculos de revistas y su sustancia: los documentos; me pregunto si alguno de ellos tendrá un aura específico o un sentido más allá del esperado, si es algo más que la prueba de que un evento existió en ese espacio-tiempo determinado. Si para él tiene algún significado más prolífico que su valor en pesos dentro de subastas de memorabilias o antigüedades, entonces tendrá sentido revivirlo y narrarlo, que lo haga deshacerse de su estado aparente de inercia. Si lo conservó es por algo, me dices, y me sorprende tu empatía con nuestro padre achispado casi en todo momento.

¿Para qué lo guardó? ¿Para qué lo compró? Me pregunto.

¿Es parte de su memoria catalítica, de su intento por conservar algo, una pequeña experiencia, una frustración, un encuentro con su deseo de coleccionar, de preservar el presente hacia la posteridad? ¿Es la forma de entenderse en esos objetos o en ese periquete, de leerse en el pasado?

¿Era ese, el instante para preparar este y para que nos entendamos, más adelante, cuando ya no podamos pronunciar, ni hilar, ni siquiera pronunciar lo que pasó?

{4} Cajas de luz

No podría clasificar este archivo como una genealogía, sería ingenuo, puesto que su manera de documentar sus visitas a la Galería, la forma de conservar su experiencia en estos recorridos no se resumía a una simple serie de fechas o de momentos de cada exposición; sino en el contacto con ese espacio y con los objetos que marcaron su vida, o también con las conversaciones que sostenía con artistas, con su viejo amigo conocido en la fábrica, el jefe de vigilantes; con administradores, críticos, los llamados curadores; los montajistas quienes pintaban, desinstalaban las piezas, revestían el espacio una vez se acababa todo; con los ingenuos visitantes. Esto, entonces, no podría ser una cronología, sería algo tedioso y monótono, si bien mi padre querría recordar su vida año por año, mes a mes e instante a instante, su cerebro, nuestro cerebro, al rememorar no funciona de esa manera.

Podría, mejor, documentar agregando a cada gesto de observación y de memoria en el futuro un poco de luz, de movimiento y de materia a los archivos, juntándolos con los actos o con las personas del presente, como una forma viva de guardar cada evento y su contacto con esos objetos. Cada recorte de ese archivo tendría entonces que tener un relato: un recuerdo vital de alguien que transitó ese mismo momento que preserva ese papel: el registro mismo atravesaría el

tiempo y lo derrumbaría porque la contundencia de ese presente reencarnaría el papel. Podría entonces, reanimar ese receptáculo en lo que se convirtieron esos ficheros, recomponer en ese gesto la serie eventos y lo que los acompañaban anteriormente. Que documentar no sea solamente dejar rastro, sino agregar otro objeto al mundo para que sea observado en un momento presente, para poder entender la secuencia, el movimiento de ese tiempo, el crecimiento de las personas, de los lugares y su extensión hacia el futuro. Lo que el pasado dirá del avenir.

En ese acto elástico y misterioso que es recordar, agregar cada vez un relato único e irrepetible, alargar la memoria para que el presente tenga vida, como un cuentero, contar cada vez un relato irrepetible. Como un caucho, ir hacia atrás y hacia adelante, recogerse y expandirse, golpear la mano que lo sostiene.

Creo que eso en definitiva era lo que quería papá, reunir en una caja una serie de eventos que traerán a su memoria hechos que se refrescan cada vez que se les da luz, que se relacionan al yuxtaponerlos de una manera u otra, cuando se extraen al azar y se les da sentido. La escritora Valeria Luiselli decía alguna vez en uno de sus libros: *“si un día en el futuro sumas todos esos documentos de otra vez, lo que resulta, una vez más es la experiencia”*. No lo creo. Creo que la experiencia misma está en lo nuevo que revelan estos folletos, una nueva vivencia al repasarlos, interpretarlos, intervenirlos; puesto que ya no somos esos mismos que recopilamos esas memorias de eventos; somos un pasado diferente, crecido, madurado; con suerte, renovado y ese nuevo presente hace que tengamos una nueva mirada del futuro y de ese mismo pasado.

No creo tampoco que esos documentos y esta colección de papá, reemplacen su experiencia, pero sí creo fervientemente que pueden despertarlo de algún modo. Podrían reanimar ese afecto con ese espacio, con sus amigos de ese momento, con lo que implicó el descubrimiento de esa sala. Este archivo es un catalizador y el testimonio de los objetos que coleccionó y nunca tuvo al mismo tiempo. Es el espejo de su estado. Por eso me he propuesto contárselos y documentar el documento, crear el archivo del archivo, reanimar —si es posible— esa colección de documentos enterrados en vida, dejados y arrinconados. Que pueda, ahora al tratar de narrárselo, recordar fragmentos relacionados de su vida y esos pedazos de <antes> en el <después>. Que las historias, tal vez lo reanimen, puedan hacerlo volver del más acá o del más allá, despertarlo por un instante del olvido en el que se ha propuesto estar, para luego volverlos a olvidar.

Mi padre no era conocedor, pero pronto se apasionó por las piezas de arte. Digamos, le interesaban los objetos artísticos. Los llamaba *objetos inútiles con utilidad*. Vivía fascinado con ellos porque sabía, y vivía predicando, que cada objeto tiene una función en este mundo y ha sido dotado de una especie de alma, —digamos— sustancia, para no ponernos esotéricos. Por más inútiles que algunos trebejos puedan parecer, él les encontraba una función y un sentido en el mundo. Si han sido creados es para nombrar algo. Decía. Los avíos intervienen en nosotros, se incrustan en nuestra experiencia, no podemos vivir sin algunos y nos hacen todo más ligero. Las creaciones artísticas nos complican todo, nos muestran lo que no es del mundo, lo que lo subvierte, lo que no está afuera, nos señalan la posibilidad de leer distintivamente, de nombrar lo inefable, deformar lo inventado, transgredir lo reglamentado, alterar la materialidad, configurar un universo alterno. Lo que manipulamos a diario no es suficiente, se queda corto, podemos entender un poco más con *los objetos inútiles con utilidad*, digamos que no los necesitamos para nada práctico, inmediato, pero sí para pensar, para revertir todo, hacerlo de otra manera y ya, por eso son inútiles con utilidad. Decía.

Un reloj, por ejemplo; admiraba cómo los humanos habíamos llegado a apoderarnos del paso de la luz -el día, la noche- y del espacio, para mostrarlo simple y llanamente, ahí, en ese artificio de manecillas coordinadas con pequeñas ruedas dentadas, en sincronía una con la otra, con un ritmo y un entendimiento mágico y mecánico a la vez. Admiraba también el significado poderoso de un camafeo, portador de afectos e imágenes, amuleto y adorno que producía un infinito apego en aquellos que lo poseían. Los telescopios también lo apasionaban. Creía que eran artífices fascinantes, domadores de la distancia entre magia y ciencia, arte y tecnología, que se disputaban el reino del voyerista y el del minucioso. Un aparato que lograba congeniar dos campos tan distintos, tan dispares, aunque siempre en dupla constante.

Por esta fascinación fuimos incontables tardes de sábado al Planetario, comíamos algodón de azúcar en ese parque de al lado, nos subíamos a las escaleras que llevaban al corredor de la entrada y recorríamos sus paredes cóncavas y convexas en el segundo piso como creyendo que entrábamos en un laberinto. Allí descubrió mi padre, un día, por casualidad, con la fascinación de domador de leones, la sala torneada y semi-curva que quedaba en la segunda planta del establecimiento. La Galería, la llamaba él.

Se detuvo cuidadosamente en unos cuadros de la exposición de turno, recorrió con un pequeño estupor y una ligera modestia la sala, miró por la ventana mientras contemplaba los cuerpos detenidos a lo largo del espacio.

Se fascinó con aquella exhibición de esculturas.

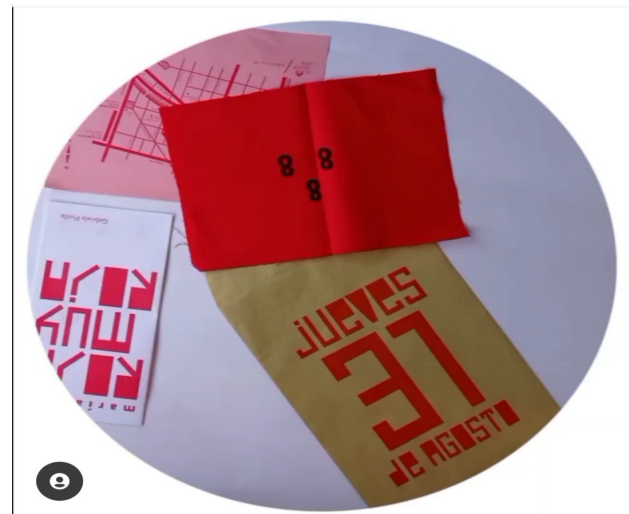


Desde ese entonces, luego de la función sobre constelaciones y el funcionamiento del universo en la sala principal, subíamos a La Galería. Nos quedábamos jugando un buen rato a la entrada, mientras él recorría las exposiciones de turno. Se quedaba absorto con algunos *objetos artísticos*; otros los desechaba, decía que en realidad carecían de absoluta importancia. Allí empezó a compendiar las piezas de arte que siempre deseó, pero que nunca tuvo. Un verdadero inventario de objetos recordados que eran en realidad las reseñas, invitaciones y folletos de esas exposiciones. Papá empezó a documentar, sin saberlo, lo que pasó en esa galería, lo que se exhibió y lo que no, la historia de un lugar que para él era su colección personal.

{6} Sala de exposición

Papá era un hombre carismático, conversador y atento. Allí lo empezaron a reconocer y se hizo un visitante famoso. Empezó a conocer a galeristas, montajistas, celadores, archivistas, críticos, aseadores, administradores y artistas. Todo el mundo del arte, digamos. Con ellos aprendió que los *objetos inútiles con utilidad*, a veces se llamaban prácticas y que no se colgaban, se montaban o se instalaban; que la exposición no era un cúmulo de elementos, sino que las piezas en conjunto querían narrar algo. Era, sin lugar a dudas, su momento especial, se sentía peculiar.

Toda esa gente, apreciaba genuinamente las piezas, esculturas, pinturas, instalaciones, archivos, afiches y demás elementos de ese mundo. Sentía que finalmente, existía un lugar donde algunas personas apreciaban los objetos inútiles, seleccionaban y compilaban, como él, su contacto con el mundo. En ese espacio mi padre, ajumado y dicharachero, se transformaba. Lejos del mercadillo, de las ventas, del día a día sobreviviendo, de la casa y de nosotros mismos, encontró un refugio donde podía soñar a tener todo lo que no podía tener. Obnubilado por la pared redonda del lugar, el silencio apaciguador y la cantidad de obras de arte, se hundía en un silencio profundo, ignoraba que comiéramos entre ellas y se detenía a anotar en una libreta pequeña que cargaba siempre consigo, las fichas técnicas de aquellas creaciones que más lo seducían.



“María Cano. Roja muy roja”

Gabriela Pinilla

No Ref. 017

Título: Roja muy roja

Autor: Una memoria colectiva Galería Santa Fé

Técnica: montaje audiovisual

10-10-2020

{7} Vendedores de baratijas

Aunque fuera despistado y anduviera siempre un poco tomado; papá fue siempre responsable, dedicado y medido, además de carismático y conversador. Trabajó muchos años como celador en una fábrica y luego en un conjunto de apartamentos, nunca abría la boca para reírse porque se creía una especie de caballero de la corte de los afamados artistas del rey. Allí permaneció, como guachimán, juiciosito, gentil y comedido tal cual les gustaba a las personas que habitaban el edificio. Pero justo un año antes de cumplir con el tiempo para pensionarse escuchó la historia de la *boîte en valise* de Duchamp y se obsesionó con los objetos. Creo que fue también porque le encantaba ese mercado de cosas viejas y robadas del centro a espaldas de ese museo de otras cosas modernas, roídas y olvidadas. Papá tuvo siempre una obsesión con los chécheres; los observaba detenidamente y hablaba de su función: —antes no existía el colador, las mujeres tenían que pasar la pulpa de la fruta por cedazos y allí la amasaban meticulosamente hasta que el jugo frondoso se producía, —contaba mientras tamizaba el jugo del almuerzo.

En una tarde templada, paseando en el mercadillo tuvo una revelación. Mi padre siempre quiso ser negociante o en su defecto mercader-subastador y si no había nada más, archivista o documentador; lo había leído en un libro y se escuchaba más elegante. Y aunque era carismático y dicharachero nunca se lanzó a hacerlo, no sabía cómo. Escuchó, entonces, a un vendedor de trastos antiguos de cobre y ahora de plástico, hablar con otro que intercambiaba ropa vieja, billeteras y estampitas de santos, sobre la pequeña valija que decidió construir Duchamp con sus obras en miniatura y quedó fascinado con la idea de portar, como una ilusión permanente, sus obras recopiladas en documentos en maletas y baúles.

Coleccionar obras de arte, les preguntó anonadado. Lo miraron absortos. —Duchamp era un artista, lo demás es de vendedor de baratijas, —contestaron al unísono—. Pero él no pensaba así. Para ser un verdadero entomólogo de objetos se tenía que desarrollar cualidades especiales: delicadamente detallista, saber escrutar las piezas, acechar al oso como cazador paciente en montaña fría; contemplar, lenta y delicadamente cada una de las esquinas de la reliquia, —apreciar cada rasguño o marca extraída del tiempo; que por lo tanto,—decía— las harían inmensurables. —No son baratijas, lo que hay que tener es amor por ellos, valorarlos, conocer su historia, su relación sentimental con sus antiguos dueños, o su historia; —les contestó mi padre a su colegas mercaderes, disimulando un poco la envidia que le producía estar cerca de baúles, maletas, archivos, cajas y cofres que podrían guardar cualquier tesoro preciado.

Ese día, después de ese encuentro, mi padre decidió dedicarse definitivamente a la negociación de antigüedades: archivos, memorabilia, piezas de arte robadas o copiadas, colecciones, cajas de recuerdos o *boîtes en valise* como la de Duchamp. Oficio cercano a la valoración de objetos o coleccionismo, mercader o coleccionista, el caché lo pone el término. Como no tenía la plata para comprar y negociar con lo propio, se dedicó a merodear cada mercadillo, cada anticuario y volvía

cada tanto a la Galería donde íbamos sagradamente, al menos un sábado de cada mes, a conocer las memorias de cada pieza o documento. Allí, como obsesionado con el valor de los objetos, preguntaba el precio de las obras y, cada vez, se iba, meditabundo y un poco decepcionado, con una pequeña risa entre los labios.

Si allí no había intercambio, ¿por qué se llamaba Galería?

Como igual no hubiera tenido la plata para comprar nada de esos objetos artísticos; empezó a coleccionar las invitaciones, los folletos, volantes, afiches y hasta pequeñas piezas que se fabricaban para atraer a los espectadores a cada exposición. Sentía que coleccionando esos impresos estaría más cerca de las obras, así fueran sus representaciones en folios. Una tarde ajetreada como siempre en el mercadillo, le ofrecieron otra parte del archivo; alguien había, tal vez por descuido, desechado esos folletos, invitaciones y álbumes de una época de la Galería. Recuerdo muy bien su cara iluminada y entusiasta al llegar a casa y contarme que no había vendido nada, pero que había completado una de sus más preciadas antologías.

Ahora, escrutando esas cajas llenas de memorias, intentamos develar de a pocos lo que cada documento significa, oliendo como él, ese primer significante para entender ese significado de sus archivos. Sé que mi padre, sin saberlo, estaba documentando una historia no narrada de esa galería. Y heme aquí, ahora, con su libreta y mi libreta haciendo este inventario, sin saber muy bien por dónde empezar, ni cómo organizarlo, cómo contarle a mi padre esos recuerdos.

{8} Entomología

¿Cómo clasificar cuidadosamente los insectos? ¿Cómo catalogarlos, describirlos, compararlos y definirlos? ¿A través del escrutinio, de la admiración y la contemplación? ¿Cómo revivir algo que está muerto, que está inanimado, catatónico? Tal vez, y evidentemente, organizando estas invitaciones, recortes o documentos, las piezas de arte de mi padre, de manera aleatoria y a la vez, con un orden que imponen ese mismo repertorio. Estoy trayendo a la luz una secuencia que no depende del tiempo o del espacio en el que transcurrió, sino de una serie de relaciones que nos va poniendo la mirada del futuro. Yo le digo a papá catatónico lo que debe recordar, intuyo que por unos gestos que me lanzan los documentos o por la importancia que les doy a unos más que a otros, a uno que otro dispositivo; como lo es el álbum de fotografías encontrado en la caja de La Galería, que él compró en el mercadillo. Estoy dándole un orden a ese recuerdo que es relato, le pongo un foco especial a esos testimonios del pasado.

Finalmente, él, sin proponérselo, nos dejó esta herencia; una serie de anales dispuestos para ser narrados, custodió para la posteridad las pruebas de algo que pensamos no necesitábamos recordar, y que ahora viene en forma de suceso pasado; un pasado que él y yo, experimentamos de

manera distinta. ¿Qué nos muestran estos documentos sobre la manera como se percibía o se proyectaba ese espacio de exposición? ¿Cómo se exhibía el relato del arte? ¿Era eso mismo lo que quería atesorar mi padre, la manera como se expande ese tiempo y ese espacio? ¿Cómo se recubre ese relato con la experiencia del ahora? ¿Podemos darnos cuenta de ese ahora o tendremos que remitirnos al futuro que será presente, para saberlo?

{9} Taxidermia

Para contestarme esas preguntas, volví finalmente al archivo y me sumergí completamente en los recortes, notas de prensa, invitaciones, cartas y reseñas que he ido desempolvando poco a poco. Volví a establecer un nuevo orden según los documentos y una serie de asociaciones: memorias con entrevistas, sonidos con fotografías, recortes de algunos artistas que se han enterado de mi causa y que empezaron a donar de a pocos sus recuerdos. El archivo, me parece, a veces tiene un halo melancólico y no nos deja ver lo que puede haber detrás de él: lo cierto, lo incierto o lo falso; qué pasó realmente en ese evento, qué se atrasó, qué se adelantó, qué obra se expuso, cuál se excluyó. El relato que agregamos producto de nuestras nostalgias.

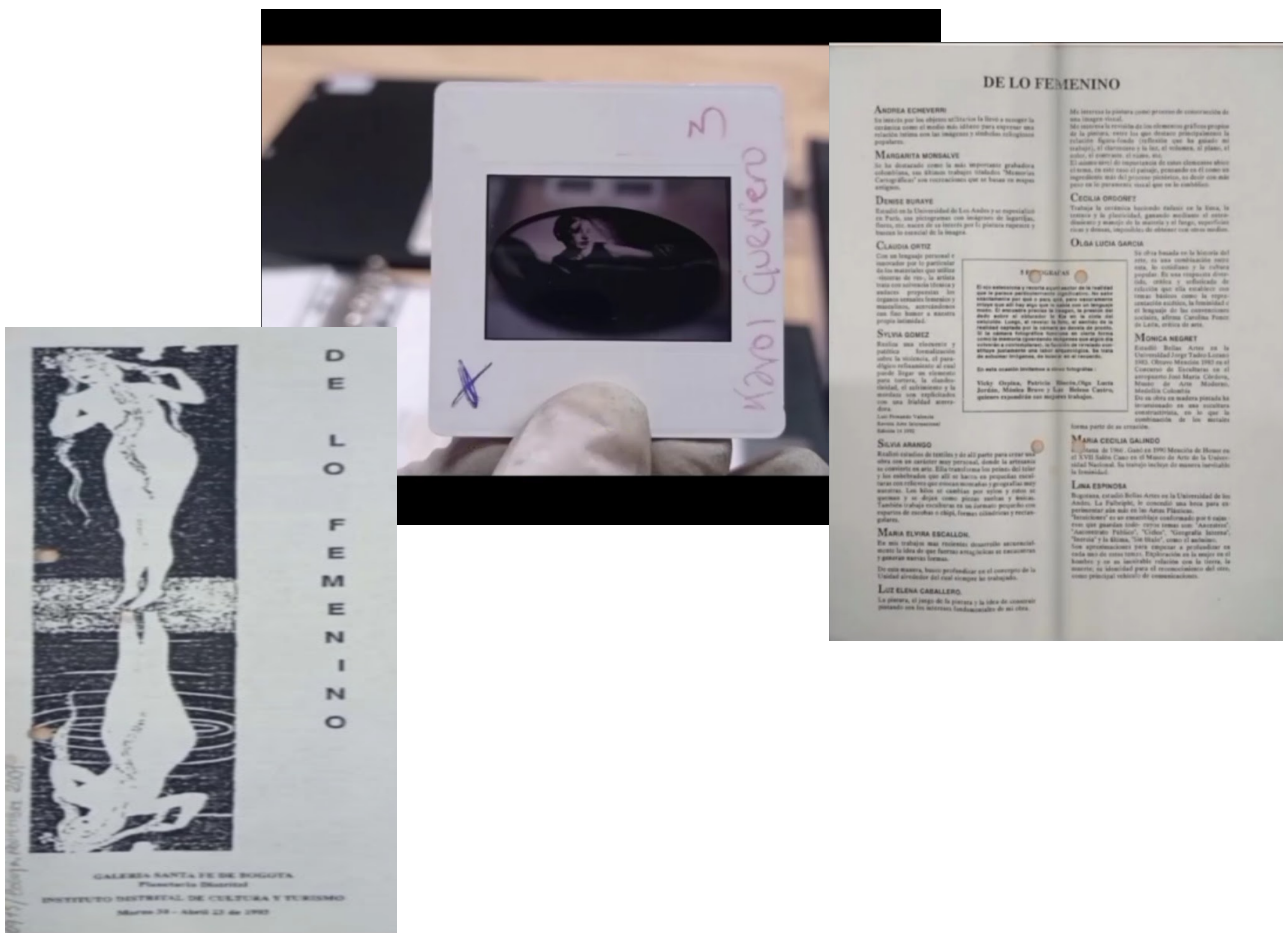
Mi primera pulsión fue regar los papeles sobre la mesa para empezar, a lo Warburg, explazarlos como en una especie de cuadro, tabla, tableau... para explorar azarosamente en la memoria, relacionando cada experiencia por su imprenta, hilándola con la huella que dejó en otra, relacionándola con lo que vivió otra persona, con su olor, su forma de caminar, la esquina de la calle y su bullicio que nos despierta en otra esquina o en otra ciudad, con otro olor u otro ruido; en otro tiempo.

Empecé entonces a seleccionar al albur, cada compartimiento uno por uno, cada documento de su legajador y los ubiqué en el escritorio de vidrio y madera, grande como una mesa de cortar, que tenía papá en aquella habitación helada, por la que apenas se colaba una línea vertical de luz. Empecé a relacionar fechas, imágenes, obras, reseñas y autores con el deseo de crear un orden propio. Algunas veces, me parecía que tenía que ubicar la información por el espacio, de acuerdo con el lugar donde había sucedido el evento; otras veces prefería ir activando el recuerdo por el colorido de la pieza, su diseño o gráfica o simplemente por la singularidad de la exposición. Había tanta información en cada carpeta: fechas, nombres, biografías, recetas, imágenes, catálogos miniatura, inventarios sueltos de las obras, logos, lugares, enumeraciones, nombres y grupos que se repetían, que no sabía cómo podría excluir unos eventos o unos registros por otros.

¿Cómo relacionarlos finalmente para narrarle a papá su propio archivo? ¿Cómo hablar de la memoria de los otros? ¿Podría priorizar algunos objetos por su arte, su gráfica, su excentricidad, su relevancia, el hado que cubría el evento? ¿Cuáles son realmente significativos en la experiencia de mi padre, de sus visitas de espectador espontáneo, de los afectos creados en ese espacio, de sus búsquedas, sus revelaciones con esos objetos?

¿Cómo darle sentido a su acervo de exposiciones, a ese cúmulo de registros: nombres, fechas, pretensión de los artistas; crítica, obra, distribución, idea de exhibición? ¿Lo recordaría apenas con nombrar la información, con hablarle de la fecha, del espacio, de lo que allí tuvo lugar?

Tendría que situar los registros de manera que los temas, las muestras o las obras pudieran relacionarse. Encontré, por ejemplo, una serie de diapositivas tituladas *Faz* de la exposición *[Retrato]* de la artista Ingrid Raymond y la situé al lado de un folleto vertical, alargado de la exposición *[De lo femenino]* con la figura de una musa que se reflejaba en un lago como su propio espejo; una pequeña reseña del trabajo de cada una de las artistas y el resumen a manera de epílogo de lo que amalgamaba la muestra. Había en el tiempo, sin embargo, un gran bache: Enero 11 de 2001 y 30 de marzo de 1993. Supuse entonces que no sería el tiempo el juez de mi relato, sino que mi reflejo rápido para clasificar y discriminar sería hacer asociaciones con categorías afines y los recuerdos con los objetos, edificando una especie de historia no contada de ellos. Una especie de teoría de conjuntos, una entomología para luego hacer su taxidermia.



El método podría relacionar cada folleto o invitación, cada pieza, nota de prensa o catálogo con una pequeña historia de su exposición, unos sonidos, gestos, acontecimientos familiares y hasta buscar artistas que pudieran narrarle un poco de esos momentos. De las diapositivas que encontré [Retrato] le contaría, por ejemplo, que se habían ampliado en fotos para pegar en las paredes y que la exposición se había hecho en paralelo a la muestra de Beltrán Obregón para el 2do Premio Luis Caballero, premio muy afamado entre el campo de los artistas de la época y de ahora; y que la artista me contó que “uno llegaba y montaba allá, no había curador que dijera: pon esto acá, nada... Eso se montaba como uno decidiera montarlo y eso era chévere”. Observaría alguna señal en tu cuerpo, si lo recuerdas, si te mueves al menos, porque te la pasabas también visitando de tanto en tanto esos montajes. Así, poco a poco, trataría de relacionar, evento tras evento de los papeles que venían compactados en esos archivos embalsamados. Eso lo emocionaría.

Rememorar cuando visitaba la Galería, días antes de las inauguraciones, para percatarse de todos los procesos, impases, desajustes o improprios de los momentos donde las piezas eran desempacadas.

Mi impulso relacional, no irracional, casi automático, llenaba la angustia y emoción de contarle a mi padre pasajes de su vida que podrían ser significativos con simples informaciones que simbolizaban su interés por aquellos *objetos inútiles con utilidad* o de su paso por esa Galería que apreciaba tanto y que, tal vez, no podría tener jamás. Aunque, al fin al cabo, los registros de esos eventos y esas exposiciones sólo eran eso, fragmentos, sin un relato con sentido no tendrían historia, que era ese mismo tiempo curvo que era también la pared en espiral de la sala de La Galería.

Finalmente, -pensaba- la memoria puede estar compuesta de recortes, extractos, fragmentos en papel, foto, documento, objeto, o sólo imagen; de ese instante menos ese elemento que estuvo ahí, ese instante del que ya no queda registro mental pero del cual se busca, a través del indicio, una reanimación casi presente, que borre el espejismo y lo convierta en epifanía. Los registros están muertos y catatónicos como él si no tienen una historia que los acompaña, cierta luz que expone la secuencia de los hechos o lo que hubo detrás de ellos. No tendría mucho sentido retornar a mi padre a un pasado fragmentado que lo lleve a un vacío, que lo confunda o le hable de pequeños vestigios que ya no representan nada. Tenía un problema con aquella caja-archivo, cómo lograría enmarcarla en una memoria coherente del pasado, cómo pasaría de ser una simple memoria institucional a tener la vida que merecía, cómo relacionar coherentemente lo que iba apareciendo en esas cajas, cómo exponerlo a esa luz que es su memoria fragmentada.

Por ahora, sigues adormecido, inmovil, como en un presente que no es tu tiempo. Mi hermano sigue echándole la culpa al mercado de avíos. En el fondo, creo que papá, meticuloso y previsor, planeó esto; por su pasión por el vestigio, para que adquiriera algún sentido haberlo guardado todo; el haber amado tanto los trebejos inútiles del mundo.

Quería que esa gran colección de momentos algún día se activara, que su paso por aquellas paredes tuviera algún sentido, así como el paso de todos los que visitaron La Galería; que

supiéramos a través de esos registros que las chucherías del mundo están compuestas finalmente por nuestros afectos, y que estos se conservan en algún lugar.

Tengo una libreta y sigo anotando todo cuanto encuentro desprevenidamente. Hago como el taxidermista, de a pocos: secar el animal, desollarlo, extraer la piel con escalpelo, explorarla bien, limpiarla, apañarla en sal, que parezca viva en el presente, que no se agriete, extraer sus tripas, su sustancia; volverlo a estudiar, entender su cuerpo, recubrirlo, para poderlo exponer nuevamente con su piel; sacar ese documento a la luz, hacerlo vivo.

Creo que finalmente te presentaré todo componiendo lo que pasó, activando cada papel y reanimando cada invitación, relacionando unos afectos, unas memorias del pasado que no fueron sólo tuyas sino de los otros, que también coleccionaron anécdotas y experiencias, objetos inútiles y otros reveladores. Tus amigos irán recordando como tú y eso le dará, por fin, la luz a este maravilloso archivo.



PEQUEÑO INVENTARIO DE RECUERDOS ENCONTRADOS

{Recuerdo 1}

INAUGURACIONES

¿Recuerdas esas inauguraciones elegantes, con copas en la mano, vestidos y blazers, maquillaje y lentejuelas; mentiras, sin lentejuelas, pero sí corbatas y sastres? aquí tengo uno de esos álbumes con fotos de esos momentos, con artistas, coleccionistas, maestras y profesores de arte. Hay varias fotos de los álbumes que encontré en la caja. Sí, papá encontré tu caja. La gente aún podía fumar dentro de los establecimientos. ¿Recuerdas que no te gustaba ir a esas inauguraciones? Aunque eras carismático, decías que se trataban de eventos sociales y que nadie al final se percataba de las obras, ni del recorrido, ni del montaje, ni del sentido de los objetos que ahora son instalaciones, ni de nada. Por ahí andas en una foto al fondo de la sala, encorbatado; la gente posa para los fotógrafos, con las obras detrás y el whiskey en la mano, o no sé si será whiskey, pero es de esos vasos que se utilizan para ese trago.

¿Allí fue donde empezó tu gusto por las copas?

¿Allí fue donde empezó tu gusto por los cachivaches?

Hay una especie de nostalgia tuya en el instante ¿no? Pero esto, estos no son objetos, sino puros recortes, documentos, fichas, folletos... para qué querías guardar esto...



Maria Del Socorro Pinzón, Gabriel Beltrán, Hernando Durán Dussán, Alcalde de Bogotá,

{Recuerdo 2}
ÁLBUM



La historia es muy sencilla.
En el 2020 fue encontrado un pequeño álbum de fotografía. El suceso de apertura de la nueva Galería, en 1981, no podía quedarse sin registro y mucho menos sin celebración. Documentado con cámaras, ocelos y sonrisas oblicuas como la sala, el evento fue uno de los

hitos de gala en el medio del arte de Bogotá.

La fotografía, como decía Cortazar en uno de sus cuentos, es literalmente el fósil recuperado por los artistas de la realidad inabarcable, incalcable de la verdadera, una que a duras penas nos puede mostrar la foto. Las imágenes como fósiles y arquetipos de suceso familiar, el día de la inauguración, fueron recopiladas en el álbum y guardadas allí para siempre. El famoso *cela a été, esto ha sido* de Roland Barthes se concretó en el recorrido: obras artísticas, pintores y vino. Los que no estuvieron allí dicen que aparecen, los que aparecen dicen que no estuvieron allí. Desde ese día se fundó magnánimo espacio; pasaron por sus corredores los modernos y los contemporáneos, liberales y conservadores -de museo, aclaro-; posaron, cantaron, se instalaron como en un performance, con una extraña sonrisa, bailaron en torno a su directora, mostraron sus obras, se reunieron nuevamente en una extraña ronda, la de la eterna exposición; murieron con el fin del evento como la fatídica sentencia de Baudrillard: “el acto fotográfico es un duelo”.

Años después descubrieron el álbum, como fósiles, como esos vagos recuerdos de juventud que no queremos nos persigan, porque ya somos otros porque como dice el filósofo mencionado, cuando las personas disparan para tomar una foto, sucede un asesinato, todos morimos petrificados como estatuas. Somos lo que ha sido, ya no somos lo que fuimos.



{Recuerdo 3}

TELONES PARA POSAR

Los telones que encontré ese día eran cortinas para entre actos de circo.

Los había hecho un artista una vez para reírse de los espectadores y jugarles la mala pasada de que fueran bufones de sí mismos. Jugar a no ser yo, jugar a ser otro; jugar a ser yo siendo otro.

Elaboró los telones con figuras diversas, unas eran Jesús; otras, una cabeza decapitada con tijeras. Situaciones de choque describía el catálogo. La verdad es que en el intermezzo del circo, los telones no producían ningún shock, “ni contrastes irónicos”. Producían juego, risa, mofa, atención, fijación, paradoja. Figuras grotescas se immortalizaban en cada foto instantánea que tomaba el enano del circo.



“Pilas que se lo come el tigre” fue la que más sensación causó.

Las instantáneas, contrario a los telones, nunca fueron encontradas. Solo una. La del artista meditabundo que no posó con ninguno de ellos, pero que quedó immortalizado, posando serio, triste y malgeniado para la perennidad.



{Recuerdo 4}
¿DÓNDE LOS UBICO?
CATÁLOGO-INVITACIÓN

Cuatro años antes del llamado año apocalíptico, ya no teníamos dónde guardar tanto chéchere para la mudanza del fin del mundo. Desde el '96 la gente empezó a comprar bóvedas en otros planetas para poder guardar sus pertenencias. ¿Para qué dejar vestigio en este mundo? Quemaríamos animales disecados, ahogaríamos a los delfines con la falta de agua, utilizaríamos los discos como platillos voladores.

Lo único que llevaríamos en el vuelo interestelar sería pinturas de cantantes famosos en decadencia. Aunque, a los artistas, cantantes y pintores famosos de carne y hueso los dejaríamos morir en el cataclismo o en alguna otra pandemia.





{Recuerdo 5}
NADA
Arte y política
David Escobar

Las cajas nunca sirven para nada. Sólo para trasponer objetos. Tal vez, dirán ustedes que sirven para guardar relatos, secretos, marañas, agujas o dijes, da igual.

En esta caja se guarda un marrano. Se llama Nada.

A Nada le grabaron una película, que era de su vida miserable como cerdo en una caja de cartón. Les parecía siempre una pieza de arte y yo no sabía por qué. Con un doble fondo, la caja ocultaba un mantel y unos cubiertos.

Cuando uno lo abría se ponía a comer cerdo.



{Recuerdo 6}
MARIONETA

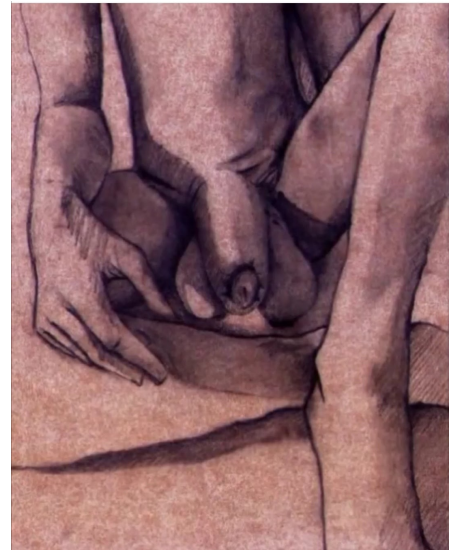
Jan Svánkinajer, fundador de Teatro, dramaturgo y director de cine, creador de “las marionetas táctiles”, nunca llegó a imaginar que sería superado en técnica y ejecución por la exposición de los artistas ;*Un caballero no se sienta así!*

Un muñeco sin mucha movilidad que apenas se sienta era la causa de sus envidias y frustraciones; puesto que su sueño no sólo era producir el movimiento humano tan natural para que los espectadores no percibieran la artificialidad del juguete, sino que también soñaba con suprimir el género de los fantoches. Esta cualidad la poseía esta marioneta. Se convirtió en película de Svánkinajer, en un film afamado del tipo *stop-motion* donde sus títeres se fundían con animaciones y dibujos de la vida real, como lo era uno de los dibujos de Luis Caballero.

A la entrada de la exposición afamada y controvertida enclavaron un cartel que rezaba:

“AVISO I: Prohibida la entrada a menores de 18 años.

AVISO II: ADVERTENCIA: La GSF informa al público que la muestra *Un caballero no se sienta así* indaga sobre la relación entre arte y sexualidad. Por tal motivo, advierte tener en cuenta este aspecto en el momento de ingresar a una sala,. Se recomienda que los menores de edad entren en compañía de un adulto responsable.”



El propio Svánkmajer viajó a Bogotá a conocer el famoso y polémico muñeco que tenía la capacidad de pasar de un sexo a otro con sólo un calzón y que además se volvía dibujo en el espectáculo. Jan negoció con la Galería y el curador, pero no quisieron venderle la marioneta; lo que sí se permitieron fue enseñarle la técnica: dibujo-marioneta-video, con el que tiempo después el cineasta y artista pudo innovar en sus películas.

En el año que falleció su esposa Eva Svankmajerova, escritora, pintora y ceramista mundialmente conocida, fundó justo antes de su deceso, el cabinet de curiosités donde se puede ir a visitar una copia del afamado muñeco bogotano.

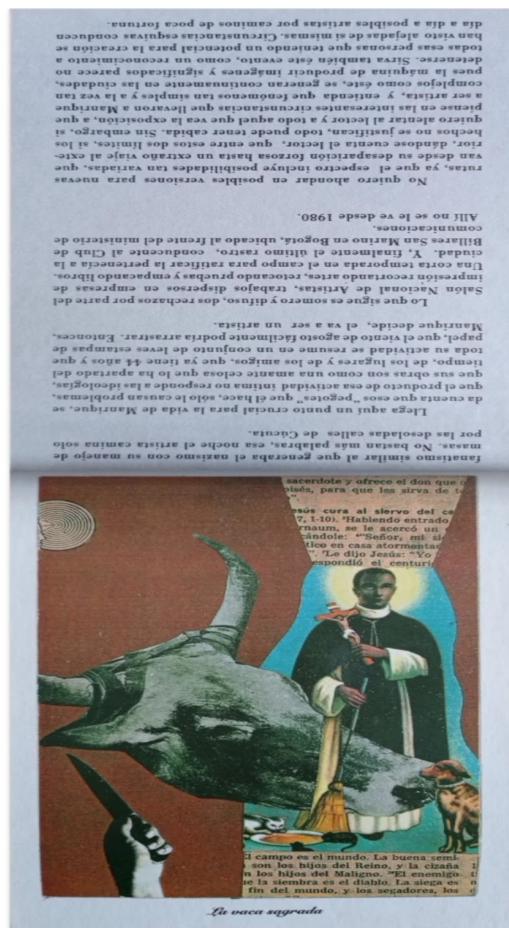
{Recuerdo 7} CATÁLOGOS

Coleccionar se volvió tu obsesión. Tu delirio: revisar y evaluar los objetos que llamabas *útiles sin utilidad*. El catálogo es una forma de observar y llevar al mundo lo que estuvo expuesto al papel. La clasificación ya está aquí dispuesta, las piezas ya están seleccionadas, las categorías expuestas, las señales están dadas. El lector, como investigador privado tiene que yuxtaponerlas y descifrarlas. Aquí en el catálogo de arte más allá de un descubrimiento, hay una descripción. La cosa quiere ser iluminada, coleccionada, relacionada y dispuesta como en el espacio en el que se expuso para ser analizada.

El catálogo guarda mucho mejor, incluso, que el archivo que has apañado, porque explica, revela para algunos que no recorrimos la muestra; la filigrana de las obras, los pasajes de los elementos, las intimidades del montaje.

Remueve nuevamente el espacio y aunque podríamos recorrerlo como en la exposición, al azar; lo transitamos de otra manera, cautelosamente, en el tiempo que exigen el pasar las hojas en los libros, como lo han dispuesto en el papel:

respetando la selección,
la clasificación,
la descripción
las muestras del ojo clínico de
quien puso ahí sus categorías.





Uno de ellos: El catálogo de Pedro Manrique Figueroa El precursor del collage en Colombia

El collage es de las artes más desprestigiadas que existe porque depende de la más reputada y a la vez, más popular de las artes -en los últimos tiempos- la fotografía, la publicidad, la copia de la realidad de los muertos. Es decir, parodia, desdibuja, vuelve irreal lo que ya era, porque no existía. Precisamente por esto, Pedro Manrique Figueroa se convirtió en un artista menospreciado pero famoso, y además el más desconocido de los olvidados, hasta que se armó su retrospectiva con el nombre de *"El precursor del collage en Colombia"*. Manrique conoció a la afamada Hanna Hoch a mediados de los años 50s, en un viaje que hizo enviado por el mismo partido que lo expulsó, a tierras alemanas y con ella aprendió técnicas como los fotomontajes a color. Se hizo famoso pero nunca concedió ni una sola entrevista, ni posó para las fotos de los camarógrafos de las exposiciones, ni entrevistado para los medios artísticos, es más, su rostro no aparece en los libros de historia del arte en Colombia.

Sin embargo, Manrique fue visto varias veces merodeando la exposición -contaron unas estudiantes de arte quienes a su vez, llevaban en su bolso una gallina vestida de novia- o al menos así pretendieron que se viera; existía el rumor de que el artista es producto de una ficción de otro, del armado totalmente simulado de su obra y que en realidad es el seudónimo de una mujer.

La exposición fue todo un éxito y se vendieron todos sus collages. No oficialmente, claro.

Creo que por ahí tienes uno.

Recuerdo {8}

Ese día no iba ni al Planetario ni a la Galería; solía ir los sábados cuando había alguna exposición nueva o si me citaba allí con amigos para luego tomar unas birras. Aunque a mi no me gusta tanto tomar. Pero era viernes y me embarga la dulce-amarga melancolía de la semana, de que no se vendió nada, de que voy a tener que hacer unos cuantos trabajitos extra en el mercado. Me tocará ponerme a pintar muebles o algunos cuadros y discos para venderlos y así sobrevivir en la semana. Tomo la Séptima a la altura de la *treinta y dos* y empiezo a caminar en dirección oriente, no hay nada más qué hacer, entonces recuerdo que me puedo sentar en la plazoleta que rodea la Plaza de Toros, mirar hacia arriba, ver las Torres de Salmona y contemplar de lejos los artistas jóvenes que visitan la Galería. Me siento a fumarme un cigarrillo, tal vez así, emane alguna idea o pueda distinguir disimuladamente los colores de los vestidos, la moda de las señoras, el paso imitado de los caballeros. Veo que algunos oficinistas empiezan a liberarse, salen a su hora de almuerzo. Extrañamente se reúne un grupo de jóvenes en la puerta, en la entrada trasera del Planetario. Llega un Renault 9, un auto extraño para ser exactos. De placas ANC 364, no está pintado de un solo color, en blanco o azul como suelen verse rodando por las calles, sino que está pintado en blanco hacia la mitad con rayas rojas y negras que proyectan una especie de rayo. Baja otro grupo de jóvenes de la Galería, entonces me acerco mucho más, para ser exactos me siento a un costado para no hacer estorbo, creo que no me reconocen. Empiezan a correr de un lado a otro trayendo tablas como armando una especie de rampa, ladrillos y cuerdas para subir el auto por las escaleras y montarlo a la plataforma.



Los transeúntes se ríen y yo también. El ejercicio es divertido: tratan de subir el auto por las escaleras, seguro para la exposición que se está montando. Inspiran una especie de ternura, la jovialidad y pasión propia del arte joven; se diferencian de aquellos que transitan la bajada, con maletines negros, blazer y sastre, llevando documentos de un lugar a otro.

Aceleran el Chevrolet mientras se saltan una a una las tablas por las que se rueda el bólido. Logran montarlo hasta uno de los rellanos. Luego, respiran profundo y vuelven a comenzar. Se ríen nuevamente, gritan, dan instrucciones. Hay uno que graba la proeza desde arriba. Los celadores, un poco nerviosos, no saben cómo ayudar. El carro, limosina famosa de la banda The Rimembers, banda que hace música con el aire y que es aclamada en XIII Salón Nacional de Artistas Jóvenes logra ser montada a descansillo final de las escaleras que ascienden al segundo piso, y que es en realidad, el primero de la Galería.



Como tesoros encontrados todos atesoramos las notas de prensa si salimos en ellas. Las recortamos, las doblamos y guardamos -también en álbumes, en cajas o cofres de tesoros-. Algunos, como tú y como la artista Beatriz González, responden a una pulsión memorística, de preservar, de tratar de entender esas imágenes en el futuro, de leer con una distancia prudencial al abismo que significan para una cultura.

Ahora que las veo, entiendo mejor por qué las guardaste, así no salieras en ellas, en otro intento de preservación para la posteridad; buscabas yuxtaponer esta documentación con lo que ibas a leer en el parque, al frente de la Galería.

Recolector de eventos, el periódico presenta como algo importante, distribuible, la materialidad del evento que ha transcurrido. Su radical importancia recae en el sueño de revivir más adelante las noticias viejas o efemérides en cada fecha del año siguiente y siguiente hasta completar los diez, veinticinco o cincuenta años.



fotografía

Omaira Abadía, 22 fotografías en color sobre lámina acrílica, bajo el nombre "Serie 22 y 24". Sus trabajos hacen alusión al diseño gráfico, al video, al paisaje urbano contemporáneo y a la pintura abstracta. Planetario Distrital.

Betty Elder, la artista norteamericana que en su estadía en Colombia fue alumna de Abdú Eljatek, expone algunas fotografías que muestran su visión sobre varios lugares de Colombia como son: la Costa Atlántica, Boyacá y Cundinamarca. Galería Navas (Unicentro).

tenden a identificar los problemas que a nivel de empresa se derivan de la difícil coyuntura económica, política y social por la que atraviesa el país, y la apertura de nuevos mercados a nivel internacional. Como conferencistas participan algunos profesores de importantes escuelas de administración tanto de América del Norte como del Sur. Han confirmado su visita James Austin (Harvard Business School), Marilyn Bruno (The Tradetech Exchange Inc.), Idalberto Chiavenato (Fundación Getulio Vargas del Brasil), Arthur Carlisle (Universidad de Massachusetts), Enrique Ogliastri (Harvard School of Education), Jean-Paul Sallenave (Universidad de Sherbrooke). INICIACIÓN: miércoles 17 de octubre, DURACIÓN: hasta el viernes 19

como para dedicar la tierra que su familia no queda en la

ESPECTADOR " 1993

EL ARTE DE HOY

Ana María Escallón

En el mundo, la fotografía está de moda. Para estos días se llevó a cabo en la ciudad de New York el primer encuentro -de nueve años- de la Sociedad Internacional de Galeristas de la ciudad que estuvo acompañada por una gran exhibición en el centro de la ciudad. Por otro lado, como un gran ejemplo para el museo Guggenheim, la colección Robert Mapplethorpe de millones de dólares con el fin de incrementar la colección del museo, mientras que la institución encargará de realizar una exhibición del artista y construir una galería permanente para las obras que estimulen este arte.

Francisco, para mencionar un ejemplo, la fotógrafa Ruth Silverman abrió una galería tan especializada que sólo muestra fotos asiáticas y no por asiáticos.

Como nos corresponde en esta medida, acá este es un arte que no tiene circuito, el artista no es un profesional que, como esto en muchos casos, queda a la deriva o recurre a confundir su obra con el de la pintura, a perderse en laberintos de objetos para que el arte le considere. Pero lo que realmente está haciendo -en la medida de las veces- es disfrazando la obra original, cambiando la obra por sus propósitos y falseando la obra que ha elegido como medio de expresión.

La fotografía en Colombia tiene ejemplos de una altura extraordinaria como puede ser Hernán Díaz, quien a los 20 años ya realiza una obra de

de Monika Bravo, realizan un trabajo interesante y en donde la realidad se convierte en un vehículo de creación y su manera de transformarla, a través de la cámara.

Vicky Ospina inexplicablemente presenta más trabajos de la ciudad que crea un desbalance inoporuno y excesivo. En sus fotografías muestra diversas maneras de ver la ciudad humana, una que va más allá de los límites de la realidad para que la imagen se convierta en una expresión.

Luz Helena Castro exhibe cables fotografías a color de diferentes ciudades extranjeras; como sucede en su trabajo, en los rincones que recrean muchas circunstancias. Ella amarra la atmósfera a un clima donde queda suspendida. Son fotografías que guardan una composición y son pequeños fragmentos que tienen, en la distancia, una autonomía.

Patricia Rincón presenta, como el blanco y negro, fotografías solitarias y fragmentos de la realidad del país interpretados a su manera las diferentes facetas de la realidad que nos rodea y subraya la condición política y social.

Monika Bravo es la equitativa del grupo seleccionado. Tiene un carácter publicitario que disfrazado con imágenes que resultan irrelevantes, lo que ella quiere (y muy común de su deficiencia) es preservar una versión artística que su tra

Memorando cultural/recuerdo/nota/efeméride/heraldo/anuncio/momento/
importante/acontecimiento/hito/destacado

Entre imágenes y recortes se va reconstruyendo la memoria de un país, de un espacio de una familia, de las instituciones desvanecidas. El recorte que también es historia se vuelve testimonio: esto ocurrió, esto fue verdad y si no me cree, le muestro. Y entre el olor a periódico viejo, el recuerdo de ese evento menos uno mismo, la foto y ese afecto se va preservando y madurando la realidad presente.



EXPECTA DOR OCTUBRE 10
Esculturas en 91
cuero cosido

Beatriz Echeverri es una artista nacida en Salamina, Caldas. Estudió diseño, arte y decoración en la Universidad Javeriana; y pintura y escultura en el Taller de David Manzur. Después de una prolongada ausencia del medio artístico colombiano, esta noche, entre el fulgor de luces y el tintineo de copas, será inaugurada una exposición con su más reciente producción, en la Sala de Arte Santafé, del Planetario Distrital.

"Sus obras realizadas en cuero apuntan a una escultura monumental, agresiva y erótica, y como bien lo han denominado los críticos, se inscribe en una estética de la crueldad. Sus personajes evocan mujeres de la mitología griega y romana, que conforman el séquito de Venus o Afrodita, diosa del amor y del desecho".

Esta muestra, realizada con técnica en cuero y con fuertes hilos, que dan una denotación de figuras heridas que contrasta con la placidez y el silencio de los rostros, se podrá visitar durante todo el mes de octubre, de martes a domingo, de 9:00 de la mañana a 5:30 de la tarde, en jornada continua. Informes en el Tel: 2845223. Calle 26 con 7ª.

"Napé", escultura en poliéster y cuero, de Beatriz Echeverri.